

sentada sobre las rodillas de Anselmo, le oía, embobada, referir sus episodios guerreros.

No hay mejores oyentes que los niños cuando están cansados de sus juegos.

Una de las cosas que más emoción causaba en la pequeña Isabel era el hecho del convento de Villarreal, cuando Anselmo salvó á la pobre monja enferma de la brutal concupiscencia de los soldados.

—¡Hubiera querido veros allí dando tajos á diestro y siniestro!—le decía aquélla entusiasmada al oírle.

—¡Mala ocasión era para que estuvieras en aquél sitio!—replicaba el veterano.

—¿Y es verdad que esa Virgen os sonrió?

—No lo creo, hija mía, porque las efigies pintadas no tienen ese dón; sin embargo, te juro que en aquel momento yo lo llegué á creer así.

Este mismo episodio, referido tantas veces, hizo que la niña cobrase cariño á la imagen que representaba el lienzo.

Los niños son muy dados á creer, como artículo de fe, todo cuanto oyen referir y cuanto leen.

Isabel no dudaba del hecho, y le parecía natural que la Virgen sonriese á aquel valiente soldado, que él solo arriesgaba su vida contra cuatro por defender el honor de una monja.

Aquel era un hecho digno de ser celebrado por la Reina de los ángeles.

En este concepto, aquella Señora que represen-

taba el lienzo, con su corona de plata y su manto negro, era una amiga.

¿Pero cómo había sonreído entonces, cuando su rostro expresaba la angustia más completa... cuando de sus ojos se escapaban dos lágrimas que corrían por sus mejillas?

¿Y por qué lloraba?

La abuela la explicó un día la causa de su llanto, y lloró también la pobre niña.

Cuando fué mayorcita se acostumbó á despedirse todas las noches de la Virgen, rezándola una *Salve*.

De este modo dormía más tranquila.

En tal estado estaban las cosas, cuando llegó la noche de que hemos hablado en el comienzo de nuestro relato, noche destinada á la fuga de Magdalena.

La hora señalada eran las nueve.

Diego la esperaba en la calle.

Desde allí se irían á una casa dispuesta por aquél, desde donde saldrían al día siguiente para la iglesia, presentándose á Anselmo en seguida.

El joven se lo había hecho creer así, abreviando el tiempo que había de estar ausente para vencer su resistencia.

Se trataba de algunas horas nada más.

Bien se puede ser culpable algunas horas para asegurar la dicha futura.

Reinaba un gran silencio en toda la casa.

Habitada por gente jornalera que tiene que madrugar, todos se retiraban temprano.

Magdalena no tenía que hacer ningún preparativo más que bajar; Diego la había dicho que él cuidaría de sus galas para que volviera á su casa de un modo conveniente.

Cuando los relojes de la villa marcaron las nueve menos cuarto, Magdalena se estremeció; la emoción la hacía temblar.

Por mucho horror que se tenga á la casa donde uno ha vivido algunos años, siempre hay en ella un rincón preferido que nos llama en el momento en que uno va á abandonarla.

Además, Magdalena no odiaba á su padre.

Hacía veinte años, lo que le duraba la vida, que no se había separado de él.

Representaba para ella el papel de una madre, habiendo perdido la joven la suya de tierna edad.

Abandonarle por primera vez, siquiera fuese por pocas horas, la era doloroso.

Es verdad que se trataba de asegurar su dicha, de sacarle de aquel estado miserable, de proporcionarle los medios de una rápida curación...

Sonaron las nueve.

Magdalena se acercó de puntillas á la habitación ocupada por aquél; quería despedirse dándole un beso.

Pero no se atrevió; podía despertar y extrañar-

se de verla en pie, porque era ya una hora desusada.

Los pobres se acuestan temprano para no gastar luz, excepto cuando tienen que trabajar de noche.

La joven entonces se dirigió hacia la puerta de salida; cuando puso la mano sobre el picaporte, oyó un suspiro.

Era su padre.

Aquel suspiro parecía una queja, un reproche. Volvió la cabeza.

Sus ojos se fijaron maquinalmente en el lienzo que representaba á la Virgen de la Soledad.

También ella iba á dejar solo á su padre; al día siguiente, tal vez aquella misma noche, al oír que la llamaba y no obtener contestación, lloraría también.

La Virgen la miraba.

La lamparilla chisporroteaba en el vaso de vidrio, como si también la reprochase lo que iba á hacer.

Todos aquellos objetos parecían tener voces acusadoras para echarla en cara la traición que iba á cometer.

Magdalena bajaba la cabeza como abrumada por aquellos reproches, que ella sola podía oír.

Aun estaba á tiempo.

No tenía más que correr el cerrojo y acostarse, dejando que Diego esperase en la calle.

Nada más fácil y hacedero.

Pero la tentación venía á apoderarse de su espíritu.

¡Cómo renunciar á un porvenir de dicha y bienandanza... á aquel amor que la abrasaba el corazón... á las galas que la esperaban al lado de su amante... al placer de hacer rabiarse de envidia á todas las muchachas del barrio!

Para un corazón de veinte años aquella tentación era muy poderosa; se necesita la virtud de una santa para vencerse, y Magdalena estaba muy lejos de la santidad.

Para los caracteres irresolutos la hora de decidirse es la hora terrible, llena de angustia y de tortura.

La joven estaba en ese momento supremo en que uno se pregunta:

«¿Qué hacer?»

Su ángel bueno y su ángel malo luchaban en la sombra.

Aquel parecía plegar las alas y abandonarla, renunciando á la victoria.

Sonaron las nueve y media.

¡Treinta minutos de lucha, sin que aun hubiera resuelto nada!

¡Oh!...

Diego, cansado de esperar, habría partido; esto era lo probable.

No volvería más, tomando por desamor lo que en realidad era remordimiento.

Y aquel porvenir de dicha se deshacía como un castillo de naipes barrido por un soplo.

Era necesario renunciar á todo, porque la dicha no se presenta más que una vez en la vida; el que la deja escapar la pierde para siempre.

Magdalena se insultaba á sí misma por tan incomprendible resolución.

¡Las nueve y media ya!

En aquel momento se abrió la puerta, apareciendo Diego en el umbral.

La joven sofocó un grito, mitad de sorpresa mitad de alegría.

—¡Vamos!—la dijo aquél en voz baja.

CAPITULO III

Caer en el abismo.



MAGDALENA volvió la cabeza hacia la habitación de su padre, y volvió á temblar.

Si salía en aquel momento... ¡cómo disculpar la presencia de un desconocido!

—¡Vamos!—repitió el joven, sin pasar de la puerta.

—¡Diego!...—murmuró aquélla.

—¡Estamos perdiendo un tiempo precioso!

—¿Pero qué pretendes de mí?

—Que cumplas lo que me has prometido ayer.

—Es verdad... Ayer... ¡ayer tenía lo que hoy me falta, resolución!...

—¡Vamos!

—No.

—¡Magdalena!... ¿Qué significa esto?

—Creo que siguiéndote falto á mi deber.

—Ayer no lo creías, puesto que prometiste seguirme.

—Pero...

—¡Di que no me amas... que has querido burlarte de mi!

—¡Diego, es posible que me juzgues de ese modo!

—Yo juzgo por lo que veo: me haces consentir en una cosa que lisonjea mi corazón, y en el momento de conseguirlo te vuelves atrás y me lo niegas.

—¿No sería mejor dejarlo para mañana?

—¡Cuando lo tengo todo dispuesto!... No, mañana me contestarías lo mismo.

—No; yo te juro...

—Ayer me hiciste igual juramento, y, sin embargo, faltas á él... ¡me engañas!...

—¡Oh, Dios mío!... ¡Dios mío!

—Vamos, Magdalena, sé razonable y considera que renunciando á seguirme renuncias á tu propia dicha, á la de tu padre... y lo que es peor, á su salud, á su vida tal vez...

—¡Oh, si no me engañaras!

—Pero ¿qué dices?... ¡Engañarte yo!...

Diego la asió por el talle acercándola á sí con amoroso afán; al mismo tiempo la besó en la frente.

Aquel beso pareció trastornarla.

Pasó por sus ojos una nube que los robó la luz.

Desde aquel momento la joven no vió ni oyó nada; su voluntad huyó; parecía un autómeta, un sér que sólo depende del capricho del magnetizador.

Diego comprendió que aquel era el momento decisivo, y que si no le aprovechaba no tenía nada que esperar.

Asida como la tenía del talle la arrastró hacia la puerta.

Magdalena le siguió como le hubiera seguido al abismo.

En el momento de llegar al corredor oyó una voz que decía:

—¡Magdalena!

Era su padre el que la llamaba.

La joven se detuvo.

—Vamos—dijo su amante arrastrándola siempre.

—No, no...

—¡Vamos!

—¿No oyes que me llama?

—No importa, ven...

—¡Magdalena!—repitió la voz.

—¡Déjame!

—¡Imposible!

La joven se asió con fuerza á uno de los piés derechos que sustentaban la techumbre.

Diego seguía arrastrándola.

La joven luchaba por defenderse.

De pronto atravesó la oscuridad que allí reina-

ba un débil rayo de luz, y la misma voz gritó más cerca:

—¿Magdalena, dónde estás?

—¡Tu padre viene!... ¡Vamos!—exclamó el manco tirando de ella con fuerza.

Oyóse en tal instante una exclamación de dolor y de sorpresa.

Era lanzada por Anselmo, que apareció en la puerta de la escalera con una palmatoria de barro y una vela de sebo en la mano.

Aquella débil luz le patentizaba la verdad; Magdalena huía de su lado.

¡Su hija le abandonaba!

Un recuerdo extraño, que no parecía hijo de las circunstancias, surgió en su mente.

Representósele la enfermería del convento de agustinas de Villarreal.

Cuatro soldados se disputaban una monja.

Aquella monja era su hija.

Levantó la mano, pero no esgrimía ya el sable en ella.

Es más, no hubiera podido manejarle.

Era viejo y estaba enfermo.

¡Su hija en brazos de un hombre!

—¡Magdalena!—gritó con voz de trueno.

A todo esto, Diego había conseguido que la mano tenaz de aquélla se desasiese del punto en que se apoyaba.

Asióla entre los brazos y descendió velozmente con ella hacia el portal.

—¡Oh, la infame!—gritó el pobre padre.

Bien pronto la perdió de vista en un recodo de la escalera.

—¡Hija mía!—gritó en un momento de desesperación.

Después, como si la quisiera obligar por la ternura, añadió:

—Ven... yo te perdono... ¡Sube, Magdalena mía! Se oyó la puerta del portal que se cerraba de golpe.

Después... nada.

Aquel silencio probó al anciano que su hija le abandonaba, que había huído para siempre.

Sintió en su corazón un peso enorme y en la garganta le ahogaban los sollozos.

Quiso gritar y no pudo.

Una nube de sangre le cubrió los ojos, hasta cegarle completamente.

Entonces perdió el equilibrio, cayendo desplomado en tierra como una masa inerte.

Al ruido se abrió la puerta de la habitación contigua y apareció Isabel.

Salió al corredor.

En medio de aquella oscuridad brillaba un débil rayo de luz, producido por la lamparilla que ardía delante de la Virgen.

La niña fijó sus miradas en ella.

Aquel rostro parecía más dolorido, más angustioso que de ordinario.

Las dos perlas de albayalde que el pintor colocó pendientes de sus pestañas brillaban como si fuera en realidad ese rocío del alma que se llama *lágrimas*.

La niña fué á dar un paso en el corredor y tropezó con un obstáculo.

Entonces se fijó en el cuerpo del veterano.

Estaba casi frío.

Retiró la mano con horror y gritó:

—¡Abuela... abuela!...

La anciana apareció con una luz, y con ella otras gentes de la vecindad.

Aquellas facciones estaban rígidas; sus ojos, extraordinariamente abiertos, no tenían luz.

Allí no había más que un cadáver.

Magdalena, buscando la salud de su padre, le había proporcionado la muerte.

CAPÍTULO IV

Una antigua amiga.



SESENTA años después de este doloroso episodio, esto es, en 1790, vivía en un piso bajo de la calle de Calatrava una mujer á quien en el barrio llamaban *la Beata*.

En aquel tiempo se daba á esta palabra una significación enteramente distinta de la que hoy tiene.

Hoy la *beata* duerme en el templo, cuando no murmura.

Entonces rezaba.

La beata de aquella época hacía obras de caridad, visitaba á los enfermos, consolaba al triste y muchas veces, si sus recursos se lo permitían, vestía al desnudo y daba de comer al hambriento.

Aquella mujer tenía gran crédito en el barrio por su vida ejemplar, sin que su ascetismo la prohibiese mezclarse en las miserias de sus vecinos para re-

mediarlas, sin investigar su origen, porque no era curiosa.

Hacía menos visitas al templo que á las casas de los pobres, con quienes repartía lo que la sobraba, que no era mucho.

Por la mañana, á oír misa en un convento de monjas que había en la misma calle; por la tarde, á practicar obras de caridad.

Tal era su vida.

Sus antecedentes eran estos.

Se llamaba Isabel.

Había sido educada por su abuela en el santo temor de Dios en una casa muy humilde de la calle de Embajadores, frente á la iglesia de San Cayetano.

Aquella tenía un sobrino en el inmediato pueblo de Villarejo de Salvanés, á quien entonces no habían hecho célebre aún los torraos y rosquillas que se expenden en todas las romerías y verbenas bajo la advocación y patrocinio de *la tía Javiera*.

Cuando murió la anciana, aquel sobrino, que estaba en una desahogada posición, hizo proposiciones á su prima Isabel para que se trasladase al pueblo.

Ésta rehusó queriendo conservar una vida independiente.

Se acordaba de que su abuela se había mantenido, aunque mal, con el producto de la rueca y el huso.

¡Para qué más!

El trabajo santifica el pedazo de pan que sirve para nutrirse la criatura.

Pero aquel primo, que debía ser eminentemente práctico como cierto personaje de una novela de Cárlos Dickens, calculando que podían llegar épocas fatales para las hilanderas, separó de su peculio una pensión de doscientos cuarenta reales al mes, destinada á hacer frente á las necesidades de su prima.

Dicha suma la era entregada todos los meses por un industrial de aquel pueblo que tenía una posada en la Cava baja, y aun creemos que se llamaba del *León*, precisamente porque en Villarejo nunca se habían visto, más que pintados, animales de tal especie.

Con lo cual Isabel pasaba su vida del modo que más puede acercarse una criatura á la felicidad humana.

Por si no lo han adivinado nuestros lectores, les diremos que este personaje era aquella niña de diez años que hemos visto en la calle de Embajadores.

Isabel conservó siempre el recuerdo de aquella escena que, aunque ocurrió siendo ella muy niña, causó una gran impresión en su ánimo, impresión que no se borró nunca.

Una mujer que huye con un amante, un pobre viejo enfermo y achacoso que espira teniendo en

sus labios palabras de piedad, una anciana que la dice: «¡Antes muerta que verte en ese caso!»

Todo esto iluminado por una lamparilla que arde entre una imagen dolorosa cuyos ojos derraman lágrimas, y en cuya corona parece que hay alguna espina de las que ensangrentaron la frente de Jesús...

Todo esto hizo que Isabel cobrase horror á los hombres, y que durante su juventud sus oídos estuviesen sordos á las palabras de amor.

El culto de la Virgen fué sólo el único afecto que hizo palpitar su corazón.

Y era bastante.

Porque de ese culto se desprende el amor á los pobres, á todo el que sufre, cuyos dolores hay obligación de consolar.

Nada supo de Magdalena.

¿Qué fué de ella en esa noche eterna de las jóvenes abandonadas por sus amantes?

¡Quién sabe!

Acaso murió de pesar, si su corazón tenía aún palpitaciones...

Acaso se hizo una mujer perdida y criminal.

¡No empezó por un crimen al abandonar á su padre, que en el momento de la falta la llamaba para perdonarla!

En aquel momento supremo no hubo una espada que salvara á su hija, así como su sable había salvado el honor de una monja.

Habían pasado sesenta años.

Isabel hacía la vida tranquila de la criatura que se dedica á las buenas obras.

La caridad la daba el nombre de *buenas*; la devoción el de *beata*.

Vivía en el barrio bien quista de todo el mundo, y aquellos pobres jornaleros la hubieran defendido, en el caso de que algún loco se atreviese á ofenderla de palabra, obra ó pensamiento.

Su opinión era tan respetada que dirimió más de una reyerta entre algún matrimonio.

Cuando veía alguna joven solicitada por un hombre, especialmente si este era de condición más elevada, la refería, á guisa de consejo, la historia de Magdalena, con lo cual evitó más de una seducción.

No faltó quien supusiera que en aquella historia, tan presente en su imaginación, había sido la heroína, y que el remordimiento la inspiraba aquella vida de piedad.

Una vez que esta especie llegó á sus oídos, dijo: —¡Pluguiera á Dios que fuese así! A lo menos yo alcanzaría el perdón á fuerza de buenas obras y oraciones, mientras que Magdalena tal vez haya muerto impenitente.

Las hablillas cesaron al ver que ella, lejos de rechazar aquella falta, hubiera querido echarla sobre sus hombros, para expiarla.

En adelante nadie se atrevió á hablar mal de *la Beata*.

Una tarde se retiraba del convento de monjas que había en la misma calle, donde acababa de hacer sus oraciones.

Estaba ya cerca del portal de su casa, cuando sintió gran algarabía en la calle.

Volvió la cabeza.

En aquel momento pasaba por delante de ella un grupo de rapaces desarrapados y sucios; el mayor contaría unos doce años.

Eran los que promovían el alboroto.

Los muchachos se entretienen con cualquier cosa, y todo lo hacen objeto de sus juegos y diversión, pasando divertidos horas enteras con el objeto más fútil.

Aquéllos fundaban su entretenimiento en arrastrar por los mal enpedrados guijarros de la calle un trozo de lienzo estropeado y roto que llevaban atado con una cuerda.

Al pasar por delante de Isabel, ésta creyó ver en una de sus caras señales de pintura, por más que el lienzo estaba cubierto del lodo que cogía en el arroyo.

Los muchachos pasaron como un torbellino, gritando á cual más podía.

Isabel llegó á su casa.

Iba á penetrar en el portal cuando se detuvo maquinalmente, sin que ella misma se diese cuenta de aquel acto.

Los muchachos, que habían llegado á la esquina de la calle de la Solana, dieron la vuelta.

Cuando llegaron adonde estaba Isabel, ésta los llamó.

—¿Qué lleváis ahí?—les preguntó.

Uno de aquellos rapaces la informó del origen de aquel lienzo borroso y apolillado.

Un tratante en ganado de cerda, que tenía alquilado para su tráfico un corral perteneciente al convento, había adquirido el cuadro entre unas maderas viejas.

Le despojó del marco, que podía utilizar para encender lumbre por ser de madera, y el lienzo se lo dió á los muchachos como cosa inútil.

Isabel le estuvo examinando.

Debajo de aquella doble capa de polvo y barro se veían huellas de pintura.

Algunas perlas de albayalde que parecían simular una corona.

Movida por la curiosidad dió medio real á los muchachos y rescató el lienzo.

Aquéllos redoblaron su algazara, y se retiraron pensando en un porvenir de tortas y golosinas.

Isabel entró en su casa.

Primero pasó por el lienzo una esponja empapada en agua para quitarle la capa de suciedad que le envolvía, adquirida recientemente entre el barro de la calle.

Cuando estuvo seco le frotó con un trapo mojado en aceite, el cual se iba llevando el polvo endurecido por el tiempo, que formaba una especie de caspa sobre aquella arrugada superficie.

A medida que se borraba la suciedad iba apareciendo la pintura como aparece el sol cuando se desvanece la nube que le oculta.

Isabel pudo ver clara y distintamente una imagen de la Virgen de la Soledad.

Pero de pronto no pudo menos de estremecerse.

No era la primera vez que veía aquel rostro pálido surcado de lágrimas, aquella doliente cabeza que sustentaba una corona de plata, aquellos hombros angulosos que sostenían un manto negro, aquella toca que formaba apiñados pliegues debajo de la barba.

Muchas veces había contemplado á aquella imagen, saludándola con una piadosa *Salve*.

Lanzó una exclamación, en la que se echaba de ver tanta sorpresa como alegría.

Acababa de reconocer la imagen ante quien Anselmo encendía todas las noches una lamparilla, la misma que había sonreído al veterano cuando esgrimía el sable en el convento de Villarreal para defender á una de sus hijas.

No era posible dudar.

Era aquella misma piadosa efigie que había echado su triste mirada sobre el cuerpo inerte del anciano en la noche fatal en que sucumbió abandonado por la ingrata Magdalena.

El recuerdo, vivo en su imaginación á través de

aquellos sesenta años, no podía confundir aquella imagen con otra.

Isabel sintió que se la humedecían los ojos y que se la angustiaba el corazón.

Una tempestad de recuerdos acudió á su mente.

Vió desarrollarse su triste y miserable niñez entre aquellas cuatro tapias, donde se destacaban algunos grabados tan piadosos como mal hechos; vió á su anciana abuela, achacosa por la edad y las privaciones; vió á Magdalena entretenida en añadir alguna cinta, algún lazo á su pobre vestido de percal para que la embelleciese á los ojos de su amante...

Vió, por último, al pobre Anselmo, descolorido por el sufrimiento, demacrado por el hambre, teniéndola sobre las rodillas mientras la refería los episodios de la guerra y la sangrienta escena del convento de Villarreal.

Todo había desaparecido.

El soplo de la muerte dispersó como pavesa á su abuela, al veterano y á Magdalena.

Sólo aquel lienzo deleznable había persistido, resistiendo la acción destructora de sesenta años.

Y aquel lienzo la salía al paso, iba á buscarla desde el olvido de una buhardilla, donde pasó tal vez mucho tiempo.

La imagen de la Dolorosa la saludaba, como se saluda á una antigua amiga.

Parecía decirle:

—¿Te acuerdas? ¡Yo también!

Su piedad en cualquier caso la hubiera hecho dar hospitalidad á aquella imagen.

Pero se trataba de una imagen adorada que encerraba para ella los recuerdos alegres y tristes de su niñez, la memoria de personas queridas.

No tan sólo era preciso que la admitiese en su casa, sino que la proporcionase el culto de los devotos.

Después de bien limpio el lienzo, púsole un marco de cintas y flores artificiales.

En seguida, formándole una especie de urna de cartón, la colocó en uno de los ángulos que formaban las paredes del portal de su casa, colocando delante una lamparilla que encajaba en un círculo de alambre, pendiente de una cuerda y una polea para bajarla y subirla con comodidad.

Los sábados, día de la Virgen, aumentaba dos velas de cera.

Hecho esto Isabel quedó contenta.

Había dado á la imagen más que hospitalidad; la había dado el culto público que la faltaba en Villarreal y en casa de Anselmo el veterano.

Aquella noche durmió más tranquila que otras veces.

CAPITULO V

Ave que vuelve al nido para morir.



DESDE el día siguiente todos cuantos pasaban por delante de aquel pobre portal se descubrían con respeto; las mujeres hacían sobre su frente y pecho la señal de la cruz.

Los vecinos decían sonriéndose:

—¿De dónde habrá sacado esa hermosa imagen *la Beata*?

No tenía nada de hermoso aquel lienzo, obra de algún modesto pintor del siglo XVII, que hubiera aliviado su hambre ó su enfermedad en la hospedería del convento de Villarreal.

Pero tenía la ventaja de descubrirse en él el sentimiento religioso que debe campear en obras de tal naturaleza.

Aquella imagen expresaba la verdad.

Los vecinos, que habían empezado por descubrirse al pasar, entraron para ver la imagen.

Les gustó y la rezaron.

Después dijeron:

—*La Beata* no ha de hacerlo todo.

Y cada día se encargó uno de los que habitaban la casa de proporcionar aceite para la lamparilla.

Los de las casas contiguas contribuyeron también; luégo los vecinos de la calle y después los de las adyacentes.

Pero la lamparilla era un alumbrado demasiado humilde y mezquino para el sér á quien se dedicaba.

Una señora *pudiviente*, entonces se llamaba así á todo el que podía disponer de algún dinero, compró una lámpara muy bonita de latón; el vaso era de cristal.

La primera noche que se encendió hubo fiesta en el barrio.

Era sábado.

Todo el distrito estaba reunido en el portal y en la calle.

No sabemos á quién se le ocurrió entonar en voz alta la letanía lauretana.

Aquel *ora pro nobis*, repetido por tantas voces, se oía desde muy lejos como el zumbido de una colmena, como la voz del viento cuando gime en lontananza, como el trueno que gruñe despertando los ecos del Océano.

Aquello se hizo costumbre.

Todos los sábados, al anochecer, se reunía la gen-

te del barrio en el portal y en la calle para cantar alabanzas en honor de María.

Pobres jornaleros que salían del trabajo, mujeres necesitadas, mendigos...

Por tan humildes personajes empezó la corte de María.

Su hijo había dicho:

«Abatiré al poderoso y ensalzaré al humilde,» y el pueblo se ensalzaba por medio de la oración.

El populacho, la plebe, como se llamaba en Roma, es la que suele empezar las cosas de más trascendencia.

Jesús escogió para discípulos á los toscos pescadores del mar de Tiberiades; María reclutaba sus hijos predilectos entre las clases menesterosas.

Tanta preponderancia adquirió su culto, que Isabel estaba celosa.

Tener celos de todo un pueblo es cosa grande.

Aquella decía en son de queja á sus vecinas:

—Tanto hacen todos por mi querida imagen, que no me dejan á mí nada que hacer.

Pero esta queja no era nada egoísta; al contrario, Isabel estaba satisfecha de su conducta.

Muchas veces, cuando limpiaba el nicho de la Virgen, solía exclamar:

—¡Si el pobre Anselmo me ve desde el cielo, como supongo, no se quejará de mí; he dado á la Virgen, que él tanto cuidaba, todo lo que la debía desde que salió del convento de Villarreal.

Y, con efecto, la pobre mujer seguía cuidándola

con la misma cariñosa devoción que la había tenido desde niña en casa del veterano.

Una tarde, al retirarse á su casa saliendo del convento, observó que había una mujer en el portal haciendo oración delante de la imagen.

Aquello no era nuevo.

Lo que debía chocar únicamente era que hubiese una persona sola.

Pasó de largo después de haberse persignado y subió á su casa.

Al entrar en el corredor la atajó el paso una vecina, diciéndola:

—¿Hay alguien abajo orando?

—Sí, una mujer—contestó Isabel.

—¿Vieja y andrajosa?

—No he reparado tanto; pero puede ser.

—¿De modo que no puede usted decir si la conoce?

—¡Como que no la he visto la cara! ¿Pero á qué vienen esas preguntas?

—¡No las hago sin falta de misterio!

—Y bien...

—Oiga usted, vecina. Hace un momento entraba yo en el portal cuando llamó mi atención una mujer que había dentro, vieja y muy mal trajeada, como he dicho.

No hacía oracion, no.

Estaba contemplando la imagen de una manera

extraña; en vez de inspirarla devoción parecía poseída de un espanto extraordinario.

Tenía la cabeza echada hacia atrás, y sus ojos brillaban como carbunclos.

Con la mano derecha apartaba de su arrugada frente las guedejas de su áspero cabello blanco, donde indudablemente hace años que no entra el escarpidor.

Sus labios se movían, pero no inspirados por la oración; yo hubiera apostado cualquier cosa á que no rezaba.

Al ruido que yo hice al subir los primeros peldaños de la escalera, volvió la cabeza y se dirigió á mí, que no pude menos de retroceder, porque su facha no es muy tranquilizadora que digamos.

—¿Es usted de la casa?—me preguntó con voz enronquecida.

—Sí, señora.

No me atreví á decir que para servirla.

—¿Entonces sabrá usted de quién es esa imagen?

—¡Ya lo creo que lo sé!... De todo el barrio.

—Pero antes habrá sido de otro... Alguien la habrá colocado aquí.

—Debe ese sitio, y el culto que se la tributa, á la piedad de *la Beata*...

—¿Quién es esa mujer?

—¿No la conoce usted? Eso indica que no es del barrio.

—En efecto, no sé quién es.

—Una criatura piadosa que sólo se ocupa de hacer bien.

—¿Pero cómo se llama?

—Isabel.

—¿De qué? ¿No usa apellido?

—El suyo es *Tintero*.

Entonces la mujer rompió á llorar, como si el nombre de usted y su apellido fuesen la causa de sus lágrimas; cayó de rodillas y se puso á orar sin darme siquiera las gracias, lo cual atribuí á su emoción por más que no me la explico.

—¡A la verdad que es raro cuanto usted me dice!—contestó Isabel.—Yo no tengo amigas ni personas á quienes pueda interesar nada de lo que conmigo se relacione. A no ser que... sí... puede ser... ¿Dice usted que esa mujer es vieja... y que la imagen la produjo ese efecto... así como mi nombre?... Sí, no hay duda... Voy á ver...

Y *la Beata* desapareció en seguida, descendiendo la escalera mientras la vecina exclamaba:

—¡Vamos, también esta! ¡Bien dicen que la locura es contagiosa!

Al oír aquella relación, había acudido una sospecha á la mente de Isabel.

¿A quién podía interesar aquella imagen y producirla tal emoción más que á la que fué su propietaria, á la hija de Anselmo?